

á los llamamientos de la fé; ¿qué importan á Dios las limosnas del avaro, cuando su corazon está cubierto de rapiña é iniquidad? ¿Qué la postracion momentánea del pecador en los dias de penitencia, si su corazon está apegado al crimen, y acabados estos dias volverá á los mismos excesos? ¿Qué adelanta el ministro de paz en consumir sus dias trabajando, si tiene otras miras que la gloria de Dios; si, al paso que predica la verdad, no la practica, ántes oye la voz terrible que le dice: *Quare enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?* Y al llegar aquí, amados míos, yo debiera ceder este lugar á tanto venerable sacerdote que me oye, á tantos dignísimos ministros, encanecidos entre los trabajos de su celo, y con más razon que el penitente Origenes, llorar mis pecados y confesar que estas palabras sólo me convienen á mí: ¿qué provecho saca la mano rapaz con ofrecer al Señor un pequeño don de que acaso ha despojado al caminante indefenso? ¿Qué utilidad sacan de la asistencia al templo esas personas cuya devocion, más que en otra cosa, consiste en venir adornadas y compuestas, sin espíritu de compuncion, disipadas ellas y distrayendo á los que las miran? Vano es todo culto exterior que no vaya acompañado de un corazon sincero; vana la oracion que no se hace en espíritu y verdad, dice el Apóstol; vano el culto sin justicia y misericordia; vano, en fin, cuanto no se haga con el único fin de agradar al Señor; y para convencerlos últimamente no citaré ni al oráculo divino, ni á los Padres de la Iglesia, ni á los sábios de la Religion; oid, sí, unos testimonios que nos confunden á todos (Vid Martini, in cap. xiv, *Jeremio*, vers. 12): «Dios conoce las acciones más ocultas del hombre, dice Ciceron (*De Leg.*, I, 2), y pone gran cuidado en la intencion y en el modo con que se le rinde su culto.» «Debemos honrar á Dios, afirma Zalemo (*Stobeo*, serm. 42), como á principio de todo el bien que nos sucede, y desterrar de nues-

tro corazon toda pasion criminal, porque Dios no es honrado por los malos, ni ganado por las ofrendas, ni vencido por los espectáculos; sólo le agradamos por la virtud, la justicia y las buenas obras.» «No se engañen los hombres, afirma Platon; ansiosos ellos de bienes temporales, se han imaginado que Dios, tan interesado como ellos, no exigia sino ofrendas y los dispensaba de ser buenos y virtuosos.» (Lib. v, *De Republic.*) Al oír estas palabras no diríamos sino que eran inspiradas por el espíritu divino; sí, todos los hombres que han escrito para instruccion de los pueblos han inculcado esta verdad; Dios quiere ser honrado con homenajes dignos de su majestad infinita, pureza en la intencion, rectitud en la voluntad, amor á la verdad, amor á Dios y amor al prójimo; y cuando falta esto, se ausenta de los hombres la luz de la fé: *Auferetur a vobis regnum Dei.*

Tal era la situacion religiosa del pueblo judáico cuando Jesucristo le amenazó de la próxima abolicion de su culto; habian abrazado de la ley de Dios lo más llevadero, y dejado lo que repugnaba á la carne; habian sustituido á las tradiciones divinas las que inventó la ciencia humana; pagaban con exacta escrupulosidad los diezmos de sus cosechas y devastaban al mismo tiempo las casas de las viudas y de los huérfanos; subian al templo, y, en vez de estar en él como en lugar de oracion, lo volvian cueva de ladrones; orgullosos por haber sido llamados en su padre Abraham, despreciaban á los otros pueblos, no contándolos por prójimos, sino por enemigos; sin caridad, pues, en medio de una ciudad tan populosa y rica como Jerusalem, hubo paralítico que estuvo al lado de la piscina treinta y ocho años, sin que hubiera uno que lo metiera en ella cuando el ángel movia sus aguas, ó, como decia el mismo Jesus, pasaban junto al herido el sacerdote y el levita, y tenian ménos caridad que el samaritano, pues aquéllos lo abandonaban y éste lo cu-

raba; sin fé, pues, segun el testimonio del Salvador, no halló en todo Israel tanta como en un centurion romano; en fin, sus sábios eran unos hombres inflados de su ciencia, llenos de piedad y religion por de fuera, pero que, semejantes á los sepulcros de mármol, encubrian los vicios más abominables; fiados en su templo y en su altar, adoraban la vara y el maná, mas no miraban las tablas de la Ley; conservaban sus creencias, mas no su moral; y en vista de tanta contradiccion, el Salvador no pudo ménos de decirles que les faltaria el reino de Dios. Y no creamos que este pueblo dejó de conocer la verdadera Religion. Dios habia plantado esta viña dándole su ley; la rodeó de un seto, que eran sus ritos religiosos y su proteccion especial; edificó en ella un lagar, que era el templo, segun San Jerónimo, y entregó su posesion al pueblo judáico; ¿y qué hizo éste? Despues de haber vivido algunos siglos con arreglo á su Religion, se apartó de ella, despreció lo esencial, que consistia en amar á su Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo, y no conservó sino lo accesorio, sus ritos, sus ceremonias, sus purificaciones, sus sacrificios, sus fiestas, sus reuniones; no perdonó á los Profetas enviados por Dios para cultivar su viña; los apedreó y los hizo morir al filo de la espada; y para llenar su medida, persiguió al Justo, no reconoció á su Mesías, cerró los ojos á los prodigios más estupendos, blasfemó de la doctrina más pura, condujo á Jesucristo hasta la Cruz; y cuando el sol se oscurece, contra todas las reglas de la astronomía; cuando el velo de su templo se rasga por virtud sobrenatural; cuando tiembla la tierra, se rompen las piedras y se abren los sepulcros; cuando los paganos confiesan que el Crucificado es hijo de Dios, la Sinagoga le insulta, desafía su poder, ultraja su divinidad y se gloria de su deicidio, faltándole toda luz y conocimiento del reino de Dios. *Auferetur, etc.*

Considerad ahora á este pueblo, cómo se halla en la tierra; era el pueblo amado, era el objeto de las complacencias divinas; vió en el campo de Tanaos los prodigios únicos en la historia de los pueblos; pasó caminando por el centro de un mar, sosteniéndose las aguas á sus dos lados; vivió cuarenta años por un milagro continuado; sojuzgó á sus enemigos, tomó sus fortalezas, encadenó á los Reyes adversos, oyó la voz de su Dios mil veces, vió su gloria clara y ostensible; tuvo los Reyes más sábios, los Profetas más instruidos, los sacerdotes más santos de la antigüedad; Roma y Atenas no eran nada en su comparacion; y ahora ¡oh Dios! ¿quién no tiembla? se encuentra disperso en todas las naciones, sin templo, sin altar, sin sacerdocio, sin leyes, sin Profetas, aborrecido de todos, compadecido de los sábios, execrado de los ignorantes y sellado, para vivir en todos los pueblos, sin pertenecer á ninguno, siendo el monumento perenne de la ira de Dios contra él por haber abandonado su ley, sus dogmas y su moral, y haber adoptado las tradiciones humanas: *Auferetur, etc.*

Hé aquí lo que acontece á los hombres que no viven segun las máximas de la Religion revelada; y no digamos que esta amenaza del Salvador es sólo para el pueblo hebreo; tambien es para nosotros, amados míos; no nos flemos demasiado en nuestro templo; no creamos que bastan las exterioridades para ser buenos cristianos; semejante presuncion tenian los judíos, y Jeremías les avisó que no tuviesen su mira en su templo, sino en su ley; que pensasen que no se hizo el templo por ellos, sino ellos para el templo: *Non enim propter vos, sed vos propter templum*; y para que temamos con razon, escarmentemos en el escarmiento de otros pueblos; volvamos los ojos al Oriente, á esa cuna de la Religion; ¿quién no se admira que las iglesias plantadas con los sudores de Pablo y del discípulo amado, cimentadas con la sangre de muchos

apóstoles y mártires, consolidadas con la doctrina de los Ignacios y Policarpos, de los Basilio y los Naziancos, y de otros doctores infinitos en número, se encuentren hace tantos siglos envueltas entre las tinieblas del error, entregadas á la idolatría, dominadas por la barbarie y el despótismo? Mirad á esa Constantinopla, donde Constantino edificó el primer templo del mundo en su tiempo, donde repetidas veces se reunieron venerables Pontífices, donde se consolidó la fé de la Trinidad, la divinidad del Hijo, la consubstancialidad del Espíritu Santo; donde florecieron los Crisóstomos y los Cirilos, los Teodosios y los Justinianos, con otros Santos y sábios; ¿qué es hoy? ¡Ah! ¿Qué es hoy esa Africa, tan famosa por los ingenios y virtudes de los Agustinos y los Ciprianos, por los talentos de los Tertulianos, Orígenes y Lactancios? ¿Qué es aquél pueblo, que á fines del siglo quinto contaba más de cuatrocientos Obispos? Sus ciudades son escombros, apenas hay vestigio de sus templos, sus habitantes son hordas de salvajes, temidas por su ferocidad de todo hombre civilizado. Pero ántes de contemplar este espectáculo de horror, considerad que esos pueblos fueron muy católicos por tres siglos, y luégo decayeron de su piedad y se introdujo en ellos el error y la mentira. Considerad en el Asia perseguidos, desterrados y atraillados á los Crisóstomos, á los Atanasios é Hilarios, usurpadas las cátedras por hombres facciosos, relajada la piedad y la disciplina, y extinguida la fé; contemplad en el Africa la corrupcion en las costumbres, la subversion en el dogma, y perseguidos de tal modo los que confesaban la divinidad de Jesucristo, que se les arrancó la lengua de raiz, sin que el prodigio de ver hablar por milagro á centenares que habian perdido este órgano por la fé, convirtiese á los africanos. A tanta obstinacion en los unos, á tanta injusticia en los otros; ¿qué se siguió? La profecía de Jesucristo: *Auferetur vobis*, etc.

La Religion, pues, desaparece de los pueblos que no corresponden á sus llamamientos, y Dios la envia á otros que reporten frutos dignos de ella; y aquí, nobles mejicanos, no puedo ménos de deciros el amor con que Dios miró esta nacion; pues cuando casi la mitad de la Europa perdía la fé de sus padres alucinada con la herejía de los Luteros y Calvinos, y protegida por el apóstata Enrique, Dios echó una mirada compasiva á estos pueblos y dispuso que desde los gigantes de la Tierra del Fuego hasta los pigmeos de la Groenlandia, se levantase un pueblo nuevo en quien recayesen las bendiciones que otros desechaban; un pueblo eminentemente católico, religioso con solidez, devoto sin supersticion. Velemos, pues, en conservar este don precioso de la Religion, correspondiendo con nuestras obras á la verdad que se nos ha revelado; mucho amor á nuestro Dios, mucha caridad con el prójimo, pues en estos dos ejes gira y se mueve todo el edificio religioso; ódio implacable á esa impiedad que, envuelta entre las mercancías del viejo mundo, ha trasmigrado al nuevo, hace muchos años, y se halla embozada, esperando el momento favorable de descubrir su cabeza y empuñar el cetro, para destruir el sacerdocio, sin el cual no puede haber Religion en las naciones. Temblemos, pues, que, por nuestra poca correspondencia á la gracia, se ausente la verdad de este suelo privilegiado; estemos persuadidos que la Religion no faltará jamás en la tierra; ella es como el astro del dia, que ilumina á todos, pero se oscurece para los que no se aprovechan de su luz. Jesucristo, al prometernos que su fé duraria hasta la consumacion del mundo, no hizo promesa á ningun pueblo en particular, no; cuando la desecha la Sinagoga, la recibe el paganismo; cuando la desprecia el Asia, la abraza el Occidente; cuando la ultrajan la Inglaterra y la Alemania, la América la abraza á manos llenas. Sí: ella durará entre los hombres hasta que llegue aquel dia en

que, por no haber encontrado corazones dignos en la tierra, suba triunfante con su divino Autor al reino de la paz, en donde los corazones penetrados del amor de Dios, canten eternamente al Dios de misericordia himnos de alabanza, y digan: *Magna et mirabilia sunt opera tua, Rex sæculorum. (Apocalipsis.)* ¡Quiera Dios que todos seamos de este número! Amen.

SERMON MORAL.

EL DESPRECIO DE LA GRACIA ES LA CAUSA

DEL ENDURECIMIENTO DEL CORAZON.

(PARA EL DOMINGO IX DESPUES DE PENTECOSTÉS.)

*Videns civitatem, flevit... dicens; circum-
dabunt te inimici tui... et prosternent te,
eo quod non cognoveris tempus visitatio-
nis tuæ.*

(Luc. x, cap. xix, vers. 41 y 43.)

¿Qué tienen que ver los trasportes de la alegría con la tristeza y el dolor? ¿Quién ha visto jamás que entre los regocijos de los pueblos en el recibimiento de sus libertadores ó sus héroes victoriosos, derramen lágrimas de amargura aquellos que entran en el recinto de la ciudad adornados con el lauro ganado en las batallas? En todas las ovaciones de que están llenas las páginas de la historia, se nos hace una pomposa descripción, cuya parte principal consiste en enumerar los epítetos gloriosos de los vencedores, y mucho más en describir su gozo interior, pintado con los más vivos colores en el rostro, y manifestado con sus acciones y palabras de gratitud hacia el pueblo; pero Jesucristo, cuyos triunfos son tan incomprensibles como sus trabajos é ignominias, se nos manifiesta al entrar en Jerusalem entre los aplausos populares de una manera extraña y singular. Rodeado por una muchedumbre que en acentos simultáneos lo aclamaba,